

SCHMITT Y SARTRE

POR

MARIO SORIA

Muy pocas, si no ninguna, similitudes parece haber entre estos dos escritores, alemán el uno, francés el otro; partidario del nacional-socialismo el primero, y condenado, encarcelado y proscrito por ello; sectario de todas las revoluciones habidas y por haber el segundo, justificador del estalinismo, deudor de su fama casi lo mismo a su genio que a sus amigos políticos. Por otra parte, de Carlos Schmitt, muerto políticamente en 1945, no han cesado los estudiosos de preocuparse, y él ha seguido teniendo admiradores, discípulos, imitadores, así como feroces detractores. Desde su retiro de Westfalia, no deja de inquietar. Sartre, por el contrario, ha tratado de que los límites de su vida física coincidieran con su supervivencia magisterial, y cuando su filosofía empezaba a pasar de moda, el pensador se afilió a cuanta subversión importante estallaba en las calles francesas: siempre noticia, no era olvidado del público. (Hay quien asegura que Juan Pablo Sartre murió filosóficamente hace quince o veinte años, por mano de Althusser, Foucault y Lacán, que alzaron su propia cátedra contra la del autor de *El ser y la nada*.) Sin embargo, al lado de estas diferencias, existe un parecido.

Sartre, filósofo inferior sin duda a Heidegger y a Zubiri; inferior —sostienen— incluso a Horkheimer y a Marcuse, y del cual se hubiera burlado Hegel por mezclar la metafísica con el *pathos* literario; Sartre tiene una terrible cualidad en común con el politólogo germano: la valoración positiva del odio. Y no es tal exaltación, que a algunos les parecerá algo así como un acto de demonolatría, tan extraña. Este sentimiento ha sido uno de los motores principales de cuanto ha sucedido en nuestro siglo. La lucha de clases marxista, la persecución antijudía, las ortodoxias políticas aparecidas en casi todos los países

de la tierra, las revoluciones, las guerras civiles, las dos contiendas mundiales no se entienden sino animadas por el espíritu de odio absoluto al adversario. Pues bien, Schmitt es, como todos saben, uno de los escritores que mejor ha interpretado esa actitud incondicional, discerniendo las dos clases de enemistad que enfrentan a los hombres entre sí: la pública y la privada, la que califica al adversario de *hostis* y la que sólo hace de él un *inimicus*. Y es él también quien saca la conclusión de ser la lucha contra el primero irremisible, pudiendo terminar sólo con la muerte del antagonista. Esta concepción, que desgraciadamente se ha visto confirmada innumerables veces en nuestro siglo, y aun en sus vísperas, desde las matanzas de armenios, iniciadas en 1895 y repetidas en 1915, hasta las de afganos y camboyanos en los días que corren, curiosamente se halla casi de forma literal en Juan Pablo Sartre.

Cada cual, Schmitt y Sartre, tiene sus propios enemigos: los del uno son los correligionarios del otro. Pero ambos se han parapetado en su respectiva trinchera ideológica, desde la cual le disparan sin misericordia al adversario político. Cuanto el autor de la *Teoría del guerrillero* establece fríamente, Sartre lo llena de pasión, aunque es el mismo vino el de odres tan distintos. «Un anticomunista —dice el francés— es lo mismo que un perro, y nadie me apeará jamás de esta opinión». «Decir "derecha" es decir "cerdo"». «Un fascista no puede tener talento», asegura refiriéndose nada menos que a Drieu de la Rochelle. «Matar a un europeo —sostiene, exaltador del racismo antiblanco— es matar dos pájaros de un tiro: es suprimir al opresor y al oprimido». Y las citas similares podrían multiplicarse *ad nauseam*.

El escritor galo ha reconocido (y ése es, igual que en el caso de Schmitt, uno de sus mayores méritos políticos) la incompatibilidad absoluta entre las facciones que luchan en una guerra. Quizá parezca espantosa esta enseñanza que llega desde dos puntos antagónicos, con fines contrarios en apariencia y estilo tan dispar, pero es completamente necesaria para defenderse, comprender los sucesos de nuestra turbada contemporaneidad y no forjarse ilusiones de ser factible en tales circunstancias la paz, ni dentro de las naciones, ni entre ellas.